mostraréis la gradería de púrpura; y el medio, lleno de amor, será vuestro corazón inflamado en el de mi Hijo. Salid todos los días á verle coronado en medio del santo Sacrificio, y con vuestra compasión y desagravio, quitadle la corona de espinas, y coronadle de amor y de virtudes. Y El, un día, será también vuestra inmortal corona.

Voz de las Hijas.

¡María, Madre mía, te oí y me encanté! Ayúdame para seguir tus dulces insinuaciones. ¡Quiero buscar á mi Jesús de día y de noche; quiero ser su lecho donde descanse, su litera en que se muestre, su esposa á quien un día corone, y la fiel amante de su sagrado Corazón! Ayúdame, ¡oh Madre! ¡Sostenme siempre y condúceme hasta el fin!

CAPITULO IV

Hermosura de la Esposa.—Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y seno.—Sin mancha.—Las coronas de María.—Las dos heridas.—Panal y miel y leche.—Huerto cerrado y Fuente sellada.—Granadas y manzanas; siete plantas aromáticas.—La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas.—El cierzo y el austro—. Voz de María.

VERSO I.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!—Tus ojos de palomas, sin lo que por de dentro está oculto.—Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte de Galaad. Verso 2.—Tus dientes como manadas de trasquiladas que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.

Cinco versos continuados de este capítulo, se consagran á hacer una descripción

detallada del cuerpo de la Esposa, alabándola primero en general y descendiendo luego á celebrar sus ojos, sus cabellos, sus dientes, sus labias, sus mejillas, su cuello y sus pechos. Todo esto con comparaciones campestres, como varias veces hemos insinuado. Estos órganos corporales no se deben tomar en sentido material, sino todo en las significaciones místicas que iremos exponiendo. Comienza, pues, el primer verso, diciendo: «¡Qué hermosa eres, amiga mía! ¡qué hermosa eres! tus ojos de palomas, sin lo que está oculto por de dentro!» Ya en el capítulo primero, verso catorce, queda explicado lo de la doble hermosura de la Esposa y la comparación de sus ojos con los de las palomas, lo que aquí se repite, porque el amor gusta mucho de repetir los elogios de la persona amada. Y empieza su alabanza por los ojos, tanto por ser los que más hermosean el semblante, cuanto por agradecerle á la Esposa que acababa de excitar á las hijas de Jerusalén, no á mirarla á Ella, sino al Rey coronado en su litera. Lo que añade aquí, al decir, sin lo que por de den-

tro está oculto, significa literalmente que el semblante estaba cubierto con un velo, y que bajo de él relucen más los ojos y aparecen más vivaces; pero en el sentido místico, quiere decir que es poca la hermosura exterior de los ojos en comparación de la beldad, rectitud y simplicidad del interior, del cual son los ojos como ventanas por donde asoman esos internos sentimientos; de donde, alabar los ojos, es alabar la modestia virginal, el pudor y el silencio del alma.

«Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte Galaad.» Quiere decir, que la cabellera de la Esposa era larga, espesa, limpia, reluciente, ordenada, compuesta y de claro y agradable color. Las cabras que subieron del monte de Galaad, hacen alusión á las cabras y rebaños que Jacob, huyendo de Labán, hizo subir á esa montaña, y en testimonio de la alianza que con él hizo, erigió un montón de piedras y lo llamó Galaad, que significa «montón del testimonio.» De suerte, que así como el monte se ve adornado con la masa compacta de los rebaños que lo cubren y resplandecen á

la luz del sol, así los cabellos de la Esposa lucen, y la adornan y embellecen. Los santos entienden por los hermosos cabellos, los buenos y piadosos pensamientos; y por el monte Galaad, al mismo Jesucristo hacia el cual suben y se dirigen; entiéndense también los religiosos figurados por los Nazarenos que nunca se cortaban el cabello, pues ellos adornan, cubren y defienden la cabeza de la Iglesia. Mas por lo que toca á María, nuestra muy amada Madre, sus cabellos fueron sus santos pensamientos, rectamente compuestos y ordenados, y todos dirigidos á su cabeza Cristo. Es de notar, que en la mujer, una hermosa cabellera agracia mucho el semblante; pero suele serles motivo de vanidad y elemento de seducción; y por esto algunas santas vírgenes, como Santa Angela de Mérici, Santa Rosa de Lima y otras varias, se cortaban el cabello para no agradar á los hombres, sino sólo á su Esposo celestial; y por esto lo cortan también las religiosas y lo cubren y ordenan muy moderadamente las jóvenes cristianas. De nuestra Señora, dicen los santos, que sus ojos,

sus cabellos y toda su persona, respiraban un perfume celestial que infundía piedad, religión y castidad á cuantos la miraban.

La hermosura de los dientes consiste en que estén blancos, limpios y parejos; y esto significa comparándolos con las ovejas blancas y que, trasquiladas con mucha igualdad, tienen la lana del mismo tamaño. Y como en los rebaños importa mucho que se aumenten, por eso se dice que tienen doble cría, y que ninguna entre ellas es estéril. Se dice también que subieron del lavadero, porque así están más limpias y más blancas, indicando que la Esposa limpia y lava su blanca dentadura. Los dientes, pues, significan, ya la fortaleza, porque quebrantan las cosas duras; ya los doctores, que dividen y mastican el manjar de la palabra; y así lo explica, entre otros, San Gregorio. San Bernardo dice: «que los dientes son los religiosos, y les aplica estas cualidades: son blancos, son fuertes, están sin carne, carecen de piel, no hay dolor como el suyo, están encerrados por los labios para no ser vistos, es indecente el dejarlos

ver, mastican para todo el cuerpo; carecen de sabor, no se acaban fácilmente; puestos por orden, unos están arriba, otros están abajo; los bajos se mueven, los altos nunca. Son trece condiciones que el santo va aplicando después á los Religiosos.»

Mas vengamos á la Madre de nuestra alma: sus dientes fueron candidísimos, porque fué maestra de la inocencia, doctora de los Apostóles y de los fieles; concibió dos gemelos, es decir, á Cristo y al género humano; vivió una vida religiosísima en castidad, pobreza y obediencia. Grandes, grandísimos fueron sus dolores; trabajó para todo el cuerpo de la Iglesia, y principalmente para las Ordenes Religiosas, pues consta que Ella instituyó á los Cartujos, á los Premonstatenses, á los Cistersiences, á los Dominicos y Franciscanos y á la Compañía de Jesús, sin hablar de las Ordenes redentoras que también fundó Ella misma. Y así, se dice que dió á luz dos gemelos: los religiosos y los simples fieles, pues de todos es Madre y Madre amorosa. Y estos son los rebaños que van subiendo siempre al

monte de Galaad, porque siempre aspiran á Cristo, y salen del lavadero del santo bautismo, y son como ovejas trasquiladas, porque han cortado los bienes y los afectos terrenos. Y todo debido á nuestra Madre; de Ella son los rubios cabellos; de Ella los blancos y hermosos dientes.

VERSO 3.

Como cinta de escarlata
son tus labios y tu hablar es dulce.
Como un pedazo de granada
son tus mejillas, sin lo que por de dentro
se oculta.

Compara los labios de la Esposa á un hilo, cinta ó listón de escarlata; esto es, de color encarnado, con lo que muestra que son frescos y de hermoso color, cerrados sin dejar ver los dientes, y bien formados; y sobre todo, circunspectos en el hablar, como recogidos por una cinta; y por eso añade que su hablar es dulce,

quiere decir, decoroso, ordenado y discreto.

Cuenta la Sagrada Escritura, que mandando Josué unos espías á la ciudad de Jericó, una mujer llamada Raab, aunque de mala vida, los hospedó y los defendió de los que los perseguían; y al despedirlos les dijo: «Sé que váis á triunfar de nosotros; ved que os he hecho gracia; prometedme, pues, que perdonaréis á mí y á los míos.» Lo prometemos, le respondieron: «Pon en tu ventana una cinta de color rojo, flotando, y muy visible, para que veamos cuál es tu casa, y tú y tu familia séais libertados.» Y en efecto, tomada la ciudad, aquella mujer que puso la señal convenida, se escapó de la muerte y aun perteneció después al pueblo de Dios. A esto creen varios doctores que se hace alusión en este verso, comparando los labios de la Esposa con la cinta encarnada, y veamos cómo lo explica el Abad Ruperto, hablando de la Virgen Santísima: «He aquí á Raab, la mujer de mala vida, atando en su ventana la cinta ó cordón rojo de tu dulce hablar, señal de su fe y de haber salvado á

los nuncios de Josué ó de Jesús. Y esto aconteció cuando la Iglesia pecadora y sucia con la idolatría, escuchó tu dulce hablar, con el que tu alma glorificó al Señor, prenda de su salud, y lo mismo pasó con la predicación de los Apóstoles.» Nosotros añadiremos, que así como la cinta roja fué señal de salvación para aquella infiel mujer, así los labios de la Virgen María, cuando se abren en dulce hablar, para pedir á Dios el remedio de los pecadores, consiguen su libertad y protección; pero estos labios han de ser como cinta de escarlata; es decir, han de aparecer todos rojos, esto es, teñidos en la sangre del Cordero inmaculado, pues alegando los méritos de su santísima Pasión, nada podrá serle negado. Y porque los labios son rojos, el hablar es dulce; porque la vista de la sangre del Señor endulza las amarguras de las iras del Padre, y cambia sus castigos en perdón. Los labios rojos de nuestra amada Madre indican que su hablar siempre fué grave, modesto y apacible; y también que siempre su boca habló palabras de encendida caridad, y nunca de disipación

ó de ociosidad, como tantas hablamos nosotros.

Sus mejillas se comparan á un pedazo de granada; no á la fruta entera que tiene un color verdoso y desapacible, sino á un fragmento de la granada partida, comparado al color tan vivo de los granos; y con eso se significa también, el fuego de la caridad y el rubor de la modestia virginal; lo mismo que la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que no sólo debe estar en la boca por las palabras, si no también en la cara por las virtudes exteriores; mas como éstas nada valen sino están animadas por las interiores, por eso añade: sin lo que por de dentro está oculto; es decir, que es mucho más sin comparación, lo grande, lo precioso y lo perfecto de la Virgen María, dentro de su alma, que todo lo que aparece y se mira en Ella por de fuera.

VERSO 4.

Como torre de David es tu cuello,
la cual está edificada con baluartes:
mil escudos penden de ella,
toda armadura de valientes.

La Virgen Santísima, en las Letanías es llamada Torre de David, porque no basta la hermosura y la mansedumbre, sino que debe haber en el alma la fortaleza y la energía; y por eso en la Salve llamamos á María Santísima Reina y Madre: Reina por la fortaleza y Madre por el amor; Reina para poder, y Madre para querer remediarnos; y en las Letanías, junto con llamarla Virgen poderosa, la aclamamos Virgen misericordiosa, juntando su poder con su dulzura. Pues á ese modo, aquí, en el sagrado Cántico, después de alabar su apacibilidad y su modestia, en su boca y sus mejillas, se pasa á ensalzar en su cuello el valor y la fortaleza.

Veamos, pues, cómo explica un piado-

so Padre de la Compañía de Jesús esta comparación del cuello: «La Virgen Santísima, dice, en el cuerpo de la Iglesia se llama Cuello, porque en el lugar y en la dignidad, está muy cercana á Jesucristo, como el cuello está muy cercano y aun unido con la cabeza; y, además, porque toda la virtud sensitiva y motiva no se trasmite al cuerpo sino por la cabeza, y esto, mediante el cuello. Y así como lo que pasa de los miembros á la cabeza, tiene que ser por medio del cuello, así nosotros debemos ofrecernos al Señor por la mediación de la Virgen Santísima. El cuello es la vía de la respiración y la vía por donde entran los manjares á nutrir el cuerpo; y en la garganta están los principales instrumentos del hablar. Así, la Virgen María es nuestra vida, el canal de nuestras gracias que nos sustentan, y el instrumento de nuestras oraciones al Señor. La plenitud de la gracia, dice San Bernardo, estuvo en Jesucristo como en la cabeza y en su fuente; mas en María estuvo como en el cuello y en el arroyo que las trasmite.»

Se llama torre, no de campanas, sino

de guerra, y torre de David, de la que cuelgan escudos, armadura de valerosos capitanes; porque el Rey David hizo fabricar una grande y hermosa torre en la colina de Sión, para defensa de la ciudad, la cual tenía ciertas piezas que aquí se llaman baluartes, porque cubrían y defendían á los soldados, con aberturas para poder arrojar las saetas. Y en esa torre suspendían los guerreros sus escudos de metal relumbrante, que con los rayos del sol se veían desde lejos y parecían piedras preciosas adornando á la torre. Esta torre, pues, significa á la poderosísima Virgen María, que en el monte de Sión, es decir, en la Iglesia católica, se levanta como fuerte torre de protección: sus baluartes son sus misterios y sus virtudes, con cuya consideración se resiste y rechaza al enemigo; y los escudos colgados de Ella, son las ofrendas que el cristiano le hace de sus victorias, atribuyéndolas á Ella y al favor de su protección. Y se llaman escudos de valientes, ó de hombres esforzados, porque son las almas esforzadas y valerosas, las que triunfan del demonio invocando el

nombre de María. Mas como en la Letanía la llamamos también torre de marfil, explicaremos igualmente este título. Había unas torres de madera, ó más ricas, de marfil, que se ponían sobre los elefantes; estas torres tenían varios cuerpos, en los que se colocaban soldados, arqueros muy certeros en el tiro, y con estos elefantes torreados, se entraba á la guerra: los animales con su trompa derribando soldados á derecha é izquierda, eran muy temibles, y abriéndose paso por entre las filas del enemigo, iban haciendo estragos, en tanto que los soldados de la torre tiraban saetas al derredor, sembrando la destrucción y la muerte. Y estos animales se volvían más furiosos viendo la sangre ó aun telas de color rojo que primero les ponían por delante. Mas ¿por qué la mansísima Virgen se compara con estas torres guerreras? Porque es terrible como todo un ejército para el demonio, á quien desde el instante de su Concepción aplastó la cabeza, y porque andando dentro de Ella los cristianos, entran seguros al combate y no temen la furia de sus enemigos. Y como estas torres

eran movibles, llevándose de allá para acá, y la torre de David estaba inmoble en su sitio, y esta servía principalmente de defensa y las otras servían para el ataque, podemos entender que María, inmóvil en el cielo, nos sirve de defensa, y acompañándonos acá en la tierra, nos ayuda á atacar y destrozar á nuestros enemigos. Torre es, pues, de David, porque nos libra del demonio, y en Ella debemos colgar nuestros escudos refiriendo á su sola intercesión todos nuestros triunfos, mostrándonos valientes y esforzados en todos los combates. Parécenos, también, que cuando María está inmóvil en sus imágenes sobre los altares, es la torre de David donde vamos á guarecernos; y en sus medallas é imágenes de sus escapularios que llevamos consigo, es la torre de marfil que por todas partes nos acompaña para hacernos más animosos en la pelea. Y la vista de la Sangre del Señor nos ha de infundir más ardor y más confianza en la guerra incesante que tenemos con el infierno. Toda la armadura es de valientes, porque los cristianos perezosos y las almas cobardes que

no se acogen á esta torre, como no saben defenderse, avergonzados de su derrota, no tienen escudos ningunos que suspender de la alta torre.

VERSO 5.

Tus dos pechos como dos cervatillos
gemelos de corza,
los cuales se apacientan entre lirios.

VERSO 6.

Hasta que sople el día y declinen
las sombras. Iré al monte de la mirra
y al collado del incienso.

Aquí, por los dos pechos de la Esposa, se significan el amor de Dios y el amor del prójimo muy semejantes entre sí como aquéllos, que por eso se llaman gemelos. Con ellos alimentó la dichosísima Virgen al cervatillo divino, Jesucristo, gemelo por las dos naturalezas, divina y humana. Autor ha habido que crea que el Niño Dios no tuvo necesidad de este alimento maternal, apoyándose en lo que anunciaba Isaías, que el Niño «comería manteca y miel»; pero la Iglesia, en la fiesta de la Circuncisión, canta de este modo: «Sola la Virgen le criaba con pecho del cielo lleno.» Y dice, lleno del cielo, porque como milagrosamente concibió y dió á luz al Dios Niño, así por el mismo milagro la proveyó Dios del dulce sustento con que le alimentara. Además de esto, como la Santísima Virgen dió á luz todo el cuerpo del Señor, la cabeza con sus miembros, y estos somos nosotros; de allí es que es Madre de Dios y Madre del hombre; y así como á sus hijos gemelos nos alimenta: al Señor con el néctar de su seno, y á nosotros con la leche de su amor y protección. Y se dice que los gemelos apacientan entre los lirios, porque la Virgen gusta mucho de la virginidad y la pureza. Y se añade que esto es hasta que sople el día y declinen las sombras, esto es, hasta que acabe esta vida tene-

brosa y amanezca el día de la eternidad.

«Iré al monte de la mirra y al collado del incienso.» Es Jesucristo quien dice: Iré, no por fuerza, sino por mi voluntad; iré, no pesaroso, sino con gusto; iré, no con amigos, sino yo solo, al Monte Calvario, monte de mirra por la amarguísima Pasión que allí tengo de sufrir, y collado del incienso por la oración que no cesaré de hacer en la cruz por los pecadores. Y como con estas palabras tácitamente invita á su dulce Madre, Ella también va gustosa al monte de la mirra, manteniéndose en pie junto al mismo árbol de la mirra, y elevando el incienso de su oración al cielo, junta con la de su Hijo; por lo cual juzgan muchos doctores, que Ella fué quien pidió y alcanzó la conversión tan admirable del Buen Ladrón.

Encomendémonos, pues, á nuestra querida Madre, para que nos enseñe á subir al monte escarpado de la mortificación, y al suave collado de la humilde oración.

VERSO 7.

Toda hermosa eres, amiga mía, y mancha no hay en tí.

Después de haber ido alabando el Esposo en particular los ojos, los cabellos, los dientes y los labios, las mejillas y el cuello; y por último, el castísimo seno de María, comprendiéndolo todo en una alabanza general, añade en este verso: «Toda hermosa eres, amiga mía.» Mas como pudiera en los otros miembros que no ha mencionado, como en los brazos ó en los piés, haber algún defecto que disminuyera la hermosura de los miembros superiores, por eso asegura que, además de los siete miembros ú órganos que por su belleza ha ensalzado, ni en ellos ni en los demás se encuentra ninguna mancha ni defecto, y por eso añade: «mancha no hay en tí.» Ahora bien; como en todos los hijos de Adán, por santos é inocentes que hayan sido ó puedan ser, siempre hay muchas manchas de pecados venia-

les, y sobre todo, la gran mancha del pecado original, de allí es que á ninguno de los mortales le puede caber esta alabanza, pues ninguno hay sin la mácula del pecado; y de allí es que el Abad Ruperto, el Cardenal Hugo, San Ildefonso y Santo Tomás, entienden este verso de sola la Virgen María, pues Ella es toda hermosa y hermosísima sobre todos los ángeles y los hombres, y en Ella no hay mancha ni de culpa ni de pena, ni de pecado mortal ni de venial, ni aun del original; y de aquí es que la Iglesia, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, le aplica este verso, expresando que en la Santísima Virgen no hay mancha de pecado original. Alabadas sus virtudes en el simbolismo de sus órganos corpóreos, es decir, su ingenuidad y simplicidad en sus ojos, su fortaleza en los cabellos, su igualdad y serenidad en los dientes, su circunspecto hablar en los labios, su pudor y modestia en las mejillas, su poder contra el demonio en el cuello, su fecundidad y pureza en el seno virginal, para que no pudiese pensarse que había ninguna imperfección en estas virtudes ó

defecto en las otras no significadas, se dice que Ella toda, de piés á cabeza es hermosa, y que carece de todo defecto y no tiene mancha alguna. En este verso se ve, pues, que el sagrado Cántico pertenece de un modo muy especial á nuestra muy amada Madre María, pues hay palabras que á Ella y sólo á Ella pueden convenirle. Es cierto que el Apóstol San Pablo dice, que «Jesucristo amó á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por el bautismo del agua, por la palabra de vida, á fin de presentársela gloriosa, sin tener mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino para que sea santa é inmaculada» (Ephes. V. 25); y así, el no tener mancha ni arruga conviene con lo de nuestro verso: «Y mancha no hay en tí»; pero como la Iglesia está compuesta de justos y pecadores, esto sólo puede entenderse de la Iglesia triunfante cuando se encuentre ya en aquella ciudad celeste, donde nada manchado tendrá cabida.